

El progreso del Peregrino (XII)

Continuación

APOLIÓN - Piensa bien, ya que conservas todavía tu serenidad y sangre fría, lo que muy probablemente encontrarás en el camino por donde vas. Te consta que en su mayor parte sus siervos tienen un fin desgraciado, porque son transgresores contra mí y contra mis caminos; ¡cuántos de ellos no han sido víctimas de una muerte vergonzosa! Y además, si su servicio es mejor que el mío, ¿por qué nunca hasta el día de hoy ha salido de donde está para librar a los que le sirven? Yo, por el contrario, ¡cuántas veces, según puede atestiguar el mundo entero, he librado, sea por poder, sea por fraude, a los que me servían fielmente, de las manos de él y de los suyos, aun ¡teniéndolos debajo de Su poder! Y te prometo que te libraré a ti.

CRISTIANO - El porqué, al parecer, retardar el libranos, es en verdad para probar su amor y ver si le permanecen fieles hasta el fin; y en cuanto al fin desgraciado que, según dices, tuvieron, precisamente ha sido para ellos lo más glorioso. Porque la salvación presente no la esperan; saben que hay que dar treguas para llegar a su gloria, y ésta la tendrán cuando su Príncipe venga en la suya y en la de los santos ángeles.

APOLIYÓN - Habiendo ya una vez sido infiel en Su servicio, ¿cómo puedes pensar que recibirás de él salario?

CRISTIANO - Pues, ¿en qué he sido infiel?

APOLIÓN - Por de pronto, en el mismo momento de salir desfalleciste, al verte casi ahogado en el Pantano del Desaliento; después pretendiste por diferentes caminos buscar el sacudir la carga que te abrumaba, debiendo haber esperado hasta que tu Príncipe te la hubiera quitado. Luego te dormiste culpablemente, perdiendo allí tu mejor prenda; también casi te resolviste a volver por miedo de los leones, y, sobre todo, cuando hablas de tu viaje y de lo que has visto y oído, interiormente te domina el espíritu de vanagloria en todo lo que dices y haces.

CRISTIANO - Tienes mucha razón en todo lo que dices, y has dejado mucho más que pudieras decir; pero el Príncipe a quien sirvo y honro es misericordioso y perdonador. Además, te olvidas de que estas flaquezas se habían apoderado de mí mientras estaba en tu país; allí se me infiltraron, y me han costado muchos gemidos y pesares; pero me he arrepentido de ellas, y el Príncipe me las ha perdonado.

Entonces Apolión no pudo contener su rabia, y prorrumpió en estos improprios: Yo soy enemigo de ese Príncipe; aborrezco Su persona, Sus leyes y Su pueblo, y he salido con el propósito de impedirme el paso.

CRISTIANO - Mira bien lo que haces, ¡oh Apolión!, porque estoy en el camino real, en el camino de santidad, y, por consiguiente, considera bien lo que intentas hacer.

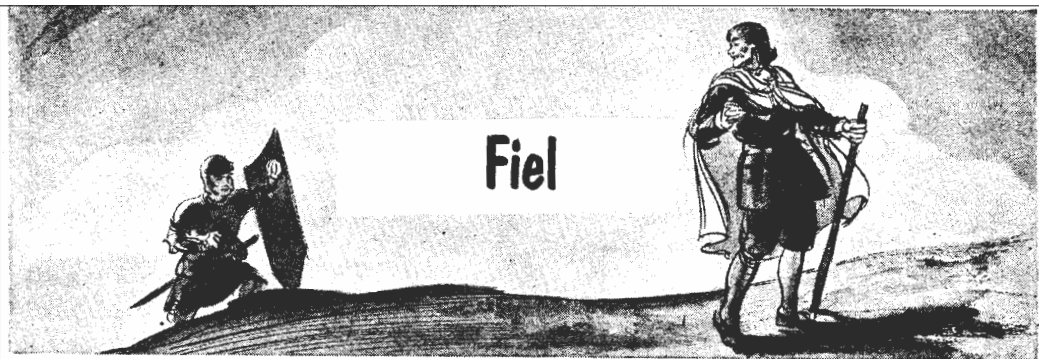
Entonces Apolión extendió sus piernas hasta ocupar todo lo ancho del camino, y dijo: No creas que te temo en esta materia; prepárate para morir, porque te juro, por mi infernal caverna, que no has de pasar; aquí derramo tu alma. Y en el acto arrojó con gran furia un dardo encendido a su pecho; pero teniendo un escudo en su mano, Cristiano lo recibió en él, y evitó ese peligro.

Cristiano desenvainó después su espada, porque vio que ya era tiempo de acometer, y Apolión se lanzó sobre él arrojando dardos tan espesos como el granizo, en términos que, a pesar de los esfuerzos de Cristiano, salió herido en su cabeza, manos y pies, lo cual le hizo ceder algún tanto. Apolión aprovechó esta circunstancia y acometió con nuevos bríos; pero Cristiano, recobrándose, resistió tan denodadamente como pudo.

Este combate furioso duró cerca de medio día, hasta que casi se agotaron las fuerzas de Cristiano, porque, a causa de sus heridas, iba estando cada vez más débil.

Apolión no desaprovechó esta ventaja, y ya no con dardos, sino cuerpo a cuerpo, le acometió, siendo tan terrible la embestida, que Cristiano perdió la espada.

—Ahora ya eres mío— dijo Apolión, oprimiéndole tan fuertemente al decir esto, que casi le ahogó, en términos que Cristiano ya empezaba a desesperar de su vida; pero quiso Dios que, en el



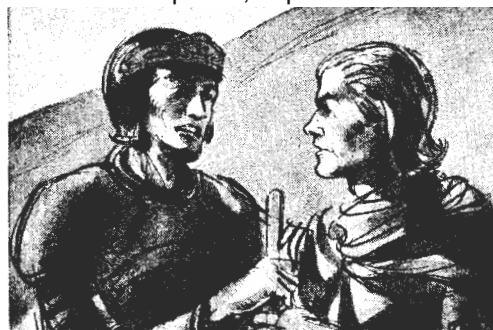
1. Siguiendo Cristiano su camino llegó a un lugar un poco más elevado y vio ante él a Fiel quien estaba haciendo su viaje. "¡Espera!" gritó Cristiano. "Y seré tu compañero." Fiel miró hacia atrás.



2. "No," contestó. "Mi vida está en peligro, pues el vengador de sangre viene tras de mí." Oyendo ésto, Cristiano hizo un gran esfuerzo y pasó a Fiel. Pero, no poniendo cuidado a sus pasos, tropezó.



3. Cayó y no pudo levantarse hasta que Fiel vino a ayudarlo. Siguieron juntos, hablando de todas las cosas que les había acontecido en su peregrinación.



4. "Oí que algunos de los vecinos hacían burla de tí y de tu 'desesperado viaje', pues así llamaban a ésta tu peregrinación," dijo Fiel.



5. "Sin embargo a tu vecino Flexible, quien volvió a su casa cubierto del lodo del pantano, le hacen burla y lo desprecian."

momento de dar el golpe de gracia, Cristiano, con sorprendente ligereza, asió la espada del suelo, y exclamó: (No te huelgues de mí, enemigo mío, porque aunque caigo he de levantarme y le dio una estocada mortal que le hizo ceder, como quien ha recibido el último golpe. Al verlo, Cristiano cobra nuevos bríos, acomete de nuevo, diciendo: —Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó. Apolión abrió entonces sus alas de dragón, huyó apresuradamente, y Cristiano no le volvió a ver más por algún tiempo.

Durante este combate, nadie que no lo haya visto u oído, como yo, puede formar idea de cuán espantosos y horribles eran los gritos y bramidos de Apolión, cuyo hablar era como el de un dragón y, por otra parte, cuán lastimeros eran los suspiros y gemidos que lanzaba Cristiano salidos del corazón. Larga fue la pelea, y, sin embargo, ni una sola vez vi en sus ojos una mirada agradable, hasta que hubo herido a Apolión con su espada de dos filos; entonces sí, miró hacia arriba y se sonrió. ¡Ay! Fue éste el espectáculo más terrible que yo he visto jamás.

Concluida la pelea, Cristiano pensó en dar gracias a Aquél que le había librado de la boca del león, a Aquél que le auxilió contra Apolión. Y puesto de rodillas, dijo:

*Beelzebú se propuso mi ruina,
Mandando contra mí su mensajero
A combatirme con furiosa inquina,
Y me hubiera vencido en trance fiero;
Mas me ayudó quien todo lo domina,
Y así pude ahuyentarlo con mi acero:
A mi Señor le debo la victoria,
Y gracias le tributo, loor y gloria.*

Entonces una mano misteriosa le alargó algunas hojas del árbol de la vida; Cristiano las aplicó a las heridas que había recibido en la batalla, y quedó curado al instante. Después se sentó en aquel sitio para comer pan y beber de la botella que se le había dado poco antes. Así refrigerado, prosiguió su camino, con la espada desnuda en su mano, por si algún otro enemigo le salía al paso. Pero no encontró ya oposición alguna en todo este valle.

Mas sus pruebas no terminaron; ya había vencido el valle Humillación, y se encontró en otro que se llamaba valle de la Sombra-de-Muerte, y era preciso pasar por él, porque el camino de la Ciudad Celestial lo atravesaba. Este valle es un sitio muy solitario, como lo describe el profeta Jeremías: "Un desierto, una tierra desierta y despoblada, tierra seca y de sombra de muerte, una tierra por la cual no pasó varón, si no era un cristiano, ni allí habitó hombre".

Si terrible había sido la lucha de Cristiano con Apolión, no lo fue menos la que aquí tuvo que sostener.

CAPÍTULO X

Cristiano sufre muchas aflicciones en el valle de Sombra-de-Muerte; pero habiéndole enseñado la experiencia a ser vigilante, anda siempre con la espada desnuda en la mano, ejercitándose en la práctica de la oración, y de esta manera pasa con seguridad y sin experimentar daño alguno.

Cuando apenas se había acercado al borde de la Sombra-de-Muerte, se encontró con dos hombres que volvían a toda prisa; eran hijos de aquellos que trajeron malos informes de la buena tierra, con quienes Cristiano trabó la siguiente conversación:

CRISTIANO - ¿Adónde vais?

HOMBRES - Atrás, atrás; y si estimas en algo tu vida y tu paz, te aconsejamos que hagas lo mismo.

CRISTIANO - Pues, ¿por qué? ¿Qué hay?

HOMBRES - ¿Qué? Nos dirigíamos por este mismo camino que tú llevas; habíamos avanzado ya hasta donde nos atrevimos; pero apenas hemos podido volver, porque si hubiéramos dado unos cuantos pasos más no estaríamos ahora aquí para darte estas noticias.

CRISTIANO - Pero, ¿qué es lo que habéis encontrado?

HOMBRES - Casi estábamos ya en el valle de Sombra-de-Muerte, cuando felizmente

extendimos nuestra vista delante de nosotros y descubrimos el peligro antes de llegar.

CRISTIANO - Pero, ¿qué habéis visto?

HOMBRES - ¡Ah! Hemos visto el valle mismo, que es tan negro como la pez (*Stancia resinosa, sólida que resulta de la destilación de las trementinas impuras, y es de color muy oscuro, por quedar mezclada con negro de humo.*); hemos visto allí los fantasmas, sátiros y dragones del abismo; hemos oído también en ese valle un continuo aullar y gritar como de gentes sumidas en miseria indecible, que allí sufren agobiadas bajo el peso de aflicciones y cadenas. Sobre este valle también se extienden las horrendas nubes de la confusión; la muerte también cierne sus alas constantemente sobre él. En una palabra: allí todo es horrible y todo está en espantoso desorden.

CRISTIANO - Lo que decís no me demuestra sino que éste es el camino que debo seguir hacia el deseado puerto.

HOMBRES - Sea enhorabuena; nosotros no queremos seguir éste.

Y con esto se separaron, y Cristiano siguió su camino; pero siempre con la espada desnuda en su mano por temor de ser acometido. Entonces medí con mi vista todo lo largo de este valle, y vi a la derecha del camino un foso profundísimo, que es a donde unos ciegos han guiado a otros ciegos durante todos los siglos, habiendo todos perecido en él miserablemente. Por la izquierda vi un charco peligrosísimo, en el cual, aun siendo bueno el que tiene la desgracia de caer, no halla fondo para sus pies; en él cayó el rey David una vez, e indudablemente se hubiera ahogado si no le hubiera sacado el que es poderoso para hacerlo. La senda era también excesivamente estrecha, viéndose por lo mismo el bueno de Cristiano en muy grande apuro, porque en la oscuridad, si procuraba apartarse del foso por un lado, se exponía a caer en el charco por el otro; si trataba de evitar el charco, a no tener sumo cuidado, estaba a punto de caer en el foso. De esta manera marchaba, lanzando amargos suspiros, porque sobre los peligros ya mencionados, el camino por aquí estaba tan oscuro, que muchas veces, al levantar su pie para dar un paso, no sabía dónde ni sobre qué iba a sentarlo.

Como a la mitad de este valle, vi que se encontraba la boca del infierno a orillas del camino. Terrible fue entonces la situación de Cristiano, que no sabía qué hacer, pues veía salir llamas y humo con tanta abundancia, juntamente con chispas y ruidos infernales que, viendo Cristiano que de nada le servía la espada que tanto le había valido contra Apolión, determinó envainarla y echar mano de otra arma, a saber: de TODA ORACIÓN. Y así le oía exclamar: “*Libra ahora, oh Eterno, mi alma*”. Así siguió por mucho tiempo, viéndose de vez en cuando envuelto por las llamas; también oía voces tristes y gente como corriendo de una a otra parte; de manera que a lo mejor creía iba a ser desgarrado o pisoteado como el lodo en las calles. Este espectáculo horroroso y estos ruidos terribles le siguieron por algunas leguas.

Por fin llegó a un lugar donde le pareció oír que venía hacia él una legión de enemigos; esto le hizo detenerse y pensar seriamente qué le convendría hacer. Por una parte le parecía mejor volver; pero por otra pensaba que tal vez habría pasado ya más de la mitad del valle. También se acordó de cómo había vencido ya muchos peligros, y discurrió que el peligro de volver podría ser más y mayor que el de avanzar y se decidió a seguir. Pero como los enemigos parecían acercarse más y más, hasta llegar casi a tocarle, gritó entonces con una voz vehementísima: “*Andaré en la fuerza del Eterno.*” A cuyo grito huyeron y no volvieron a molestarle más.

Una cosa me llamó mucho la atención, y no lo quisiera pasar por alto. Advertí que el pobre Cristiano estaba tan aturdido, que no conocía su propia voz, y lo advertí de la manera siguiente: Cuando hubo llegado frente a la boca del abismo encendido, uno de los malignos se deslizó suavemente detrás de él y silbó a su oído muchas y muy terribles blasfemias, que el pobre creía salían de su propio corazón. Esto apuró a Cristiano más que todo cuanto hasta entonces había sucedido; ¡pensar siquiera que pudiera blasfemar de Aquél a quien antes había amado tanto! Si hubiera podido remediarlo no lo hubiera hecho; pero no tuvo la discreción de taparse los oídos, ni la de averiguar de dónde venían estas blasfemias.

Continuará